



Muncle Trogg

↑
Huella de gigante (tamaño real)



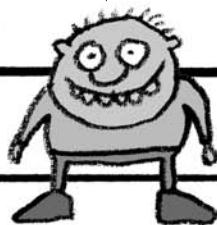
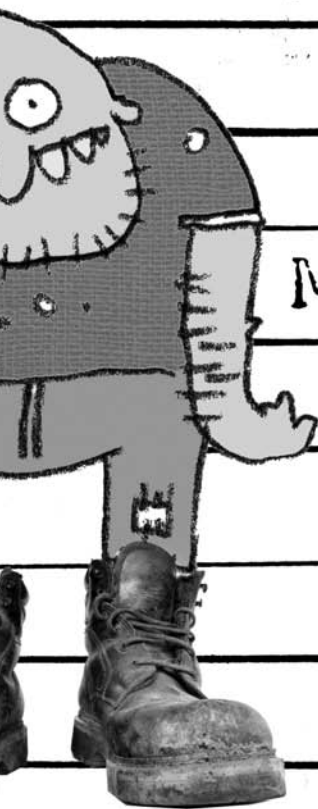
Ilustrado por Steve Wells

Janet Foxley

Muncle Trogg

Traducción de Pepa Devesa

(Es un gigante, pero de los pequeñitos)



*En recuerdo de mi madre, Kitty,
1911-1956*

Primera edición: octubre de 2011

Edición original en inglés editada en 2011 con el título
Muncle Trogg
por The Chicken House, 2 Palmer Street, Frome, Somerset,
BA11 1DS

Todos los nombres originales de personajes y lugares son © la
autora y no pueden ser utilizados sin permiso. Todos los dere-
chos reservados sobre textos e ilustraciones.

Ilustraciones y diseño de cubierta: Steve Wells
Adaptación de la cubierta de la edición original británica: MBC
Maquetación: Adriana Martínez Vila-Abadal

Edición: Marcelo E. Mazzanti
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© Janet Foxley, 2011, del texto
© Steve Wells, 2011, de las ilustraciones
© Pepa Devesa, 2011, de la traducción
© La Galera, SAU Editorial, de la edición
en lengua castellana

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95 - 08019 Barcelona
www.editorial-lagalera.com
lagalera@grec.com

Impreso en Egedsa
Roís de Corella, 16
08205 Sabadell

Depósito legal: B-26.480-2011
Impreso en la UE
ISBN: 978-84-246-3777-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

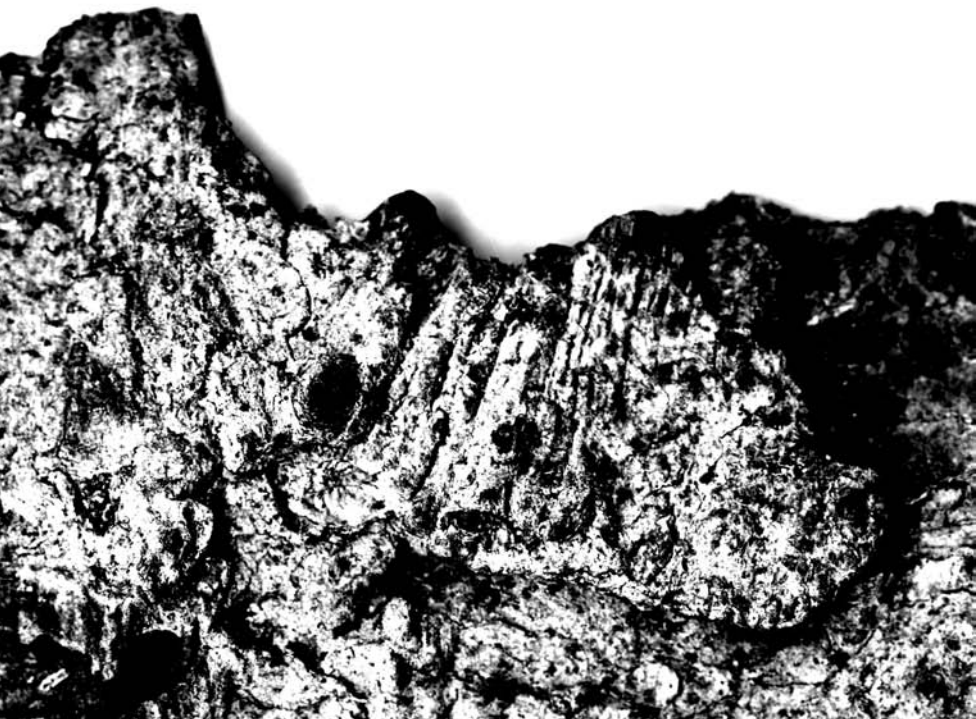


**¡Cuidado,
hay
gigantes!**

↑
Por favor, llama antes de entrar



!Lo han puesto boca abajo
y luego lo han soltado!



Capítulo uno

—¡Mamá —chilló Muncle—, Gritt me está poniendo boca abajo!

Muncle intentaba librarse como podía de las garras de su hermano.

—¡Mamá!

Volvió a gritar, aguantando el frenético vaivén. Como Gritt no dejase de zarandearlo, iba a vomitar.

La hoguera de la madre proyectaba sobre la pared de roca la sombra de un Gritt descomunal, con un Muncle insignificante que colgaba indefenso de su mano. A los diez años, la mayoría de gigantes ya casi se habían desarrollado al máximo y podían defenderse solitos. Pero a Muncle aún le quedaba por crecer y en aquel instante defenderse le resultaba difícil, pues ni siquiera podía mantenerse en pie. Gritt lo tenía bien agarrado por los tobillos. No habría sido

tan horrible si Gritt hubiera sido su hermano mayor, pero era más pequeño que él. ¡Tres años más joven nada menos!

Por suerte, su padre todavía no había llegado a casa. Siempre se ponía de parte de Gritt, que era el tipo de hijo del que un gigante podía sentirse orgulloso.

Mamá Trogg, una bella gigantea con una hermosa cantidad de verrugas peludas, echó una ojeada por entre la nube de vapor de su caldero.

—¡Gritt! —tronó— ¡Suelta a tu hermano ahora mismo!

—Pero me dijiste que podía jugar con él hasta la hora del desayuno.

—Pero no quería decir que lo usaras como juguete.

—A él le gusta —dijo Gritt—. ¿A que sí, Muncle?

—¡No me gusta! —volvió a chillar Muncle.

—Ah, bueno. Lo siento, Muncle—. Gritt dejó caer a Muncle con la misma rapidez con que lo había levantado.

Muncle era pequeño, sí, pero al menos eso lo hacía ligero. En cuanto Gritt lo soltó, pegó una voltereta en el aire y pudo aterrizar sobre el culo, que era mejor que caerse de morros.

Aun así, le dolió.

Los otros gigantes tenían michelines de grasa mu-

llida que les habrían hecho rebotar, pero Muncle era todo piel y huesos.

Sin embargo, no estaba nada mal. Tenía una piel preciosa (gris y salpicada de lunares peludos), las cejas pobladas y la nariz gordinflona de su padre, y los ojos saltones y los dientes torcidos y amarillos de su madre.

Lo único que fallaba era su tamaño. Simple y llanamente, era demasiado pequeño para ser un gigante.

Siempre había luchado para integrarse y ahora se le acababa el tiempo. En dos días tenía el examen final para los graduados, el Gigantia. Luego tendría que buscar un trabajo. Pero ¿qué tipo de trabajo podía hacer? Solo había elegido Ciencia dragonil y Estudios sobre los Bajini, las únicas asignaturas que no requerían la fuerza de un gigante, y sabía que ninguna de las dos se le iba a dar bien.

—No podemos esperar más a vuestro padre, o llegaréis tarde —dijo la madre, llenando con el cucharón los cuencos de madera de una pasta gris y pegajosa—. Vosotros dos, aquí, a comeros las gachas de hongos.

Con un golpe, colocó un gran cuenco para Gritt y uno mucho más pequeño para Muncle en la mesa baja de piedra. Su madre se



había cansado de intentar que comiese la misma cantidad que Gritt. Incluso su apetito era minúsculo.

Se desató la canastilla de Flubb que llevaba a la espalda y puso a la niña en un taburete al lado de la mesa. La bebé agarró el biberón de piel y empezó a succionar con tantas ganas como ruido. Casi se la podía ver crecer.

Muncle suspiró. ¡La vida era tan injusta! Se encaramó al cojín relleno de helechos que le ayudaba a alcanzar la mesa, y su madre y Gritt se sentaron en el suelo de roca pelada. Entonces Muncle sacó los mejores grumos de la papilla y los dispuso sobre la mesa para que se enfriaran, mientras que Gritt se acababa el contenido hirviente de su cuenco de un solo sorbo, igualito que su padre.

Gritt tenía mucho talento. Cuando solo tenía siete años ya era el mejor de toda la escuela en Metalistería. Sabía exactamente lo que quería ser de mayor: maestro herrero de la armería del rey. No había nada que no supiera sobre lanzas y hachas de guerra. Sus padres pensaban que Gritt era un genio.

—¡Quiero repetir! —exigió Gritt.

—No puedes, hasta que papá desayune —dijo su madre, y se levantó a inspeccionar el caldero—. Puede que no haya suficiente.

Gritt arrojó el cuenco sobre la mesa.

—No vale que papá se pase toda la noche fuera. Si no vuelve a casa pronto, tendré que irme a la escuela hambriento.

Muncle y su madre se miraron.

—No le pasará nada, mamá —dijo Muncle—. Es el mejor cazador del pueblo.

La madre se mordió el labio.

—Pero asaltar no es lo mismo que cazar, ¿verdad? —contestó—. Robar un cordero de la granja de un Bajini no es lo mismo que cazar un tejón. ¿Y si se encuentra con un Bajini con un bastón mágico de matar?

Flubb lanzó enfadada el biberón vacío al suelo y empezó a bramar a grito pelado. Consiguió inmediatamente su segunda ración.

Bueno, era difícil decirle que no a Flubb; era preciosa como un sapo.

—No es justo —lloriqueó Gritt—. ¿Cómo es que ella sí que puede repetir?

—Gritt —su madre empezó a hablar de un modo tajante, pero en ese momento la puerta de su hogar subterráneo se abrió con estruendo y el padre entró aún con más estruendo en la sala, cargando un saco al hombro. Llevaba trocitos de hoja y ramitas enredados en el pelo largo y grasiento, y los pantalones rasgados.



Una herida en uno de los brazos peludos y grises chorreaba sangre.

—¿Pero qué es lo que te ha pasado? —gritó la madre, que se apresuró a vendarle el brazo con un puñado de telarañas polvorientas.

—No hagas un drama, mujer. No es nada. Un simple arañazo. Tuve que atajar por entre unos matorrales, nada más.



El padre arrojó el saco al suelo, junto al fuego. No había nada dentro que tuviera forma de cordero.

—¿No lo has conseguido? —preguntó la madre, ansiosa.

—Por supuesto. Ya lo he llevado al palacio.

—El rey debe de estar aburrido ya de que cada año le sirvan cordero para su cena de cumpleaños —dijo Gritt—. Deberías haberle llevado un Bajini para variar.

—Gritt —dijo su padre, severo—. No tiene gracia —cogió el caldero directamente del fuego y se lo llevó a los labios.

—¡Yo quería repetir! —vociferó Gritt.

—¡Mala suerte! —le dijo su padre—. A ver si así aprendes a no hacer chistes malos.

Muchos siglos antes, los gigantes habían usado a los

Bajini como esclavos, y a veces como cena, pero eso era antes de que ellos inventaran sus bastones de matar mágicos y contraatacaran. Ahora los gigantes tenían que vivir en secreto, en las profundidades de Monte Gruñente. Habían construido un pueblo entero en las viejas minas de la montaña.

—No era una broma —dijo Gritt—. Yo creo que deberíamos cazar bajinis.

—¡Gritt! —gritó mamá Trogg.

—¡Que nadie te oiga jamás hablar de ese modo! —dijo su padre, que se limpió los morros pegajosos en la manga y acabó con la boca llena de venda de telaraña—. Te encerrarían en la mazmorra.

—No quería yo decir que tengamos que comérmolos todos los días —dijo Gritt—. Los justos para que no lo notaran. Solo una vez al año, para el cumpleaños del rey.

Su padre se quitaba trocitos de telaraña de la barba y se los comía con los posos de las gachas.

—El secuestro hace ya mucho tiempo que es ilegal, como ya sabes, Gritt Trogg. Es demasiado arriesgado.

—¿Tú has corrido riesgos esta noche? —dijo la madre con el ceño fruncido—. ¿Por eso has tenido que atajar por entre los matorrales?

El padre se encogió de hombros.

—No ha sido peor que el asalto de cumpleaños del año pasado. Había un perro que ladraba, pero estaba muy lejos.

—¿Y volviste a casa por la ciénaga, para que el perro no pudiera oler tu rastro?

—Como siempre—. El padre se quitó las botas y las vació en el caldero.

Gritt escudriñó el saco de su padre.

—Otra vez pichones —dijo, disgustado—. Eso es un tentempié.

Pero para Muncle, los pichones eran una comida entera. Incluso para desayunar le ponían más de lo que quería.

—Toma, Gritt —le dijo—, cómete el resto de mis gachas.

—Apenas hay un bocado —protestó su hermano con desprecio—. De todas formas no tengo tiempo. Tengo que ver a Titán antes de clase.

—Titán Tarugo está en la clase de Muncle —dijo la madre—. ¿Cómo es que quieres verlo?—. Se pasó una mano por el pelo, esparciendo horquillas de ramitas en todas direcciones. Flubb cogió una y empezó a mordisquearla.

—Gritt quiere estar en la banda de Titán, mamá —explicó Muncle.

Los Suelta Sopapos eran la banda de matones más dura de todo Monte Gruñente, con las pruebas de ingreso más difíciles. Paso Pesado había pasado la prueba porque golpeó el gong del pueblo en mitad de la noche y despertó a la familia real. Corría el rumor de que una vez alguien había luchado con un dragón, y de que otra persona había intentado robar la corona del rey Redomado.

—Los chiquillos solo se divierten —le dijo el padre a la madre, que se veía nerviosa—. Titán Tarugo es el delegado escolar, después de todo. Sus amigos no pueden ser tan malos.

—Bueno —empezó Muncle, pero se lo pensó mejor. Titán Tarugo era el peor de los matones de la escuela, y le hacía la vida imposible a Muncle, pero no quería preocupar a su madre—. No debería preocuparme, no creo que consiga entrar.

—¡Ya lo creo que voy a entrar! —dijo Gritt con fastidio, y se dirigió a la puerta pisando fuerte.

—¡Espérame! —gritó Muncle, cogió uno de los panecillos de bellota de su madre para la comida y salió escapado tras su hermano. Si iba a la escuela con Gritt, quizás nadie se metería con él hasta que llegase a su clase.

—Ten cuidado —le gritó su madre.

—Lo haré —le contestó mirando por encima del hombro. Pero ¿cómo iba a cuidarse, cuando era tantísimo más pequeño que todos los demás? No le parecía justo que su madre aún tuviera que preocuparse por él cuando tenía dos hijos más pequeños que cuidar.

—No tenías que haberle dicho nada a mamá sobre los Suelta Sopapos —dijo Gritt, pasando a zancadas por los establos de los dragones guardianes hacia el calletúnal alumbrado por antorchas.

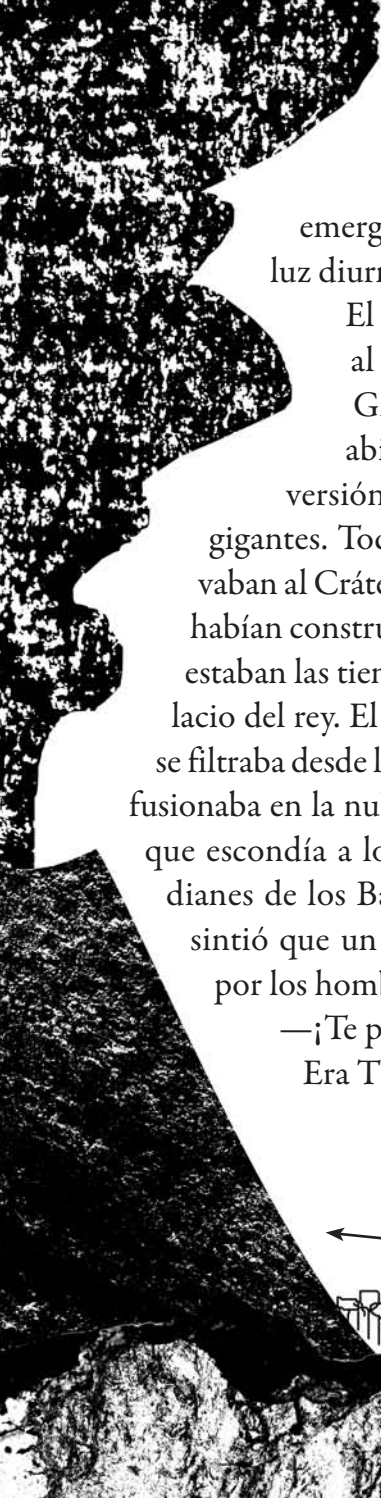
Muncle se apresuraba para seguirle el ritmo.

—Los chicos de mi clase se han metido en serios problemas por esa banda —le dijo a Gritt—. Pedazo Paleto se pasó un mes en la mazmorra cuando Titán le desafió a que disparara una flecha ardiendo por una ventana de palacio.

—Bueno, yo no voy a ir a parar a la mazmorra —dijo Gritt—, no soy tonto. Vamos, Muncle, ¿no puedes ir un poco más rápido?



Monte Gruñente



Muncle empezó a correr y pronto emergieron de las sombras a la brumosa luz diurna del Cráter.

El Cráter era una hondonada enorme al aire libre en el centro del Monte Gruñente, y el único lugar del pueblo abierto al cielo. Era un lugar de diversión: mercado, parque y teatro de los gigantes. Todos los calletúneles principales llevaban al Cráter y los edificios más importantes se habían construido excavando en sus paredes. Allí estaban las tiendas, las tabernas, la escuela y el palacio del rey. El humo de las casas y de las fábricas se filtraba desde las grietas de la pared del Cráter y se fusionaba en la nube que pesaba sobre la montaña, y que escondía a los gigantes y a sus dragones guardianes de los Bajini del pueblo del valle. Muncle sintió que un par de enormes manos lo cogían por los hombros.

—¡Te pillé!

Era Titán. Les había estado esperando.

← ¡Lleno de GIGANTES!



—Saca el cordel de mi bolsillo, Gritt —ordenó.
Gritt vaciló.

Titán levantó sus enormes cejas pobladas y dijo:

—Bueno, ¿quieres formar parte de los Suelta Sopapos o no?

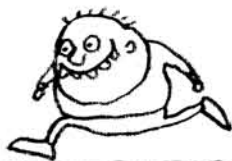
—Pero es que él es mi her...

—¡Bah! Eres un cagueta, Gritt Trogg —se burló Titán.

Esto era demasiado para Muncle. Atormentarlo a él era una cosa, pero ridiculizar a su hermano pequeño era otra muy diferente, aunque fuera el doble de grande. Reunió todas sus fuerzas y le dio con la cartera del colegio en toda la cara al delegado escolar. Fue un golpe certero. Un grano enorme que tenía Titán en la punta de la nariz explotó. De allí salieron disparados chorros espectaculares de sangre y pus.

—¡Aaagh! —gritó Titán—. Lo vas a pagar, mequetrefe. Me lo estaba cuidando y engordando para el espectáculo extra Furúnculo Fiero del cumpleaños del rey. Coge la cuerda, Gritt. ¡Ahora mismo!

—Bu... bueno... —tartamudeó Gritt.



Titán echó a Muncle al suelo, sujetándolo con un pie enorme, y desenrolló el cordel. Metió uno de los extremos por el cinturón de Muncle, le hizo un nudo y empezó a darle vueltas a Muncle en el aire.

Muncle cerró los ojos bien apretados y esperó el despegue; pero antes de que le pudiera lanzar al otro lado del Cráter, se oyó un estrépito ensordecedor. Titán se detuvo de repente, y Muncle patinó hasta aterrizar en la tierra polvorienta. Le había salvado el gong de la escuela.

—Tengo que irme —dijo Gritt—; si llego tarde a Ciencia dragonil otra vez tendré problemas con el señor Trallazo —le dirigió una mirada de pena a Muncle y atravesó el Cráter como una bala. Titán le propinó a Muncle un último puñetazo en las costillas, y salió corriendo tras Gritt, dejando a Muncle casi sin



respiración y hecho unos zorros. Titán también tenía prisa, y Muncle sabía por qué.

Normalmente a los chicos como Titán no les importa llegar tarde. Y normalmente Muncle prefería jugar en su cueva del bosque de afuera del Monte Gruñente a ir a la escuela. Pero hoy no era un día normal. Hoy era el día de la excursión de los graduados. Toda la clase lo había estado esperando durante semanas, y Muncle más que nadie.

¡Iban a visitar el mundo de los Bajini!